

Las manos del tiempo

Las abuelas
no caminan por el tiempo,
lo atraviesan despacio
como quien conoce cada rincón de la vida.

En sus manos
vive la memoria de las casas antiguas:
pan caliente,
mantas de invierno,
y caricias que saben curar sin preguntar.

Sus voces tienen
el ritmo de los cuentos viejos,
de esas historias
que empiezan en la infancia
y nunca terminan del todo.

Las arrugas de su rostro
no son solo años:
son caminos recorridos,
lágrimas guardadas,
risas que aún siguen brillando.

Una abuela abraza
como abrazan los árboles,
con raíces profundas
y ramas abiertas
para quien necesite refugio.

Y cuando hablan
parece que el tiempo se detiene un momento
para escuchar su calma.

Porque ellas saben
que la prisa no construye recuerdos,
que la vida se cose
puntada a puntada,
día a día,
gesto a gesto.

Las abuelas
son el lugar donde empieza la ternura

y donde el amor
aprende a quedarse.

Y aunque un día
sus pasos se vuelvan silencio,
algo de ellas sigue vivo:

en una receta escrita a mano,
en una fotografía amarillenta,
en la manera en que alguien
acaricia el cabello de un niño.

Porque las abuelas
no desaparecen del mundo...

se vuelven eternidad en los recuerdos

-Álvaro Soñador